

Primavera roja

José Luis Gómez Toré

La hermana, la extranjera
Maria-Mercè Marçal
Madrid, Polibea, 2020

Diré tu cuerpo
Maria-Mercè Marçal
Barcelona, Ultramarinos, 2020



EN SU CORRESPONDENCIA con Pere Gimferrer (que conserva la Fundación Jorge Guillén), Ángel Crespo da repetidas muestras de su interés por la poesía catalana e, incluso, manifiesta su deseo expreso de aprender catalán. Dicha actitud no sorprende demasiado en Crespo, cuya pasión por las lenguas romances le lleva incluso a aprender y traducir una lengua tan minoritaria como el retorrománico. Con todo, produce cierta melancolía comprobar que hemos avanzado muy poco (o acaso hemos retrocedido) en el diálogo entre las distintas lenguas peninsulares, más allá de casos aislados, y no poco controvertidos, como la reciente popularidad de Joan Margarit, que se debe probablemente más a los propios movimientos del campo literario español (no es difícil establecer los vínculos con los últimos coletazos de la llamada «poesía de la experiencia») que a un interés genuino por la poesía en catalán en todas sus manifestaciones (y sospecho que el desinterés es, en parte, mutuo).

No quisiera caer en generalizaciones y puede que el panorama que acabo de perfilar tenga un punto de hiperbólico. Sin embargo, creo que el conocimiento, fuera de los territorios en los que se desarrolla, de literaturas como la vasca, la catalana o la gallega deja mucho que desear por más que algunos premios nacionales recientes vayan en la dirección contraria (probablemente por razones más políticas que de índole estética). Con todo, o precisamente por eso, hay que valorar doblemente la labor de algunos especialistas como Vicente Luis Mora (que en su antología *La cuarta persona del plural* se esfuerza por incorporar voces en otras lenguas como las de Malcion Mateu

o María do Cebreiro), así como editoriales como Bartleby o, en el caso de lo que nos ocupa, Polibea y Ultramarinos. Gracias a estas dos últimas quienes no hablamos catalán podemos acercarnos a una de las poetas de referencia en la lírica en esta lengua en el siglo XX, Maria-Mercè Marçal (1952-1998).

«Al azar le agradezco tres dones: haber nacido mujer, / de clase baja y nación oprimida.» Estos versos, los más citados de la poeta, dan razón del lugar desde el que Marçal escribe y de sus diversas militancias (feminista, nacionalista, de clase...), pero implican un riesgo: el de reducir su obra al prisma de una reivindicación lingüística y cultural, así como de una identidad femenina que ella misma considera problemática. En la entrevista incluida en *Diré tu cuerpo*, en la edición que comentamos, Marçal plantea a Anna Montero, desde una posición inequívocamente feminista, el cuestionamiento de la literatura como institución asexual (donde la visión masculina pasa por neutra y universal), pero también el carácter dudoso de lo masculino y lo femenino como esencias inmutables y culturalmente no condicionadas. De ahí que la autora proponga partir no de algo tan etéreo como la identidad femenina, sino de algo mucho más concreto y real, la experiencia de las mujeres a lo largo de la historia. Ello explica en buena medida la indudable raíz experiencial de los libros que comentamos, pero (y he aquí un segundo equívoco que conviene disipar) esto no implica que nos hallemos ante una poesía de la experiencia en el sentido (bastante reduccionista, por cierto) que se le ha dado en la lírica peninsular en español y al que antes hacíamos referencia. La preocupación por lo formal (con especial atención a los elementos fónicos y morfológicos, lo que supone un desafío para la traducción) en un elemento básico en la poética de Marçal, puesto que lo vivido no se recrea simplemente en la escritura, sino que literalmente toma forma, se vuelve experiencia significativa al darle voz. Y porque de poesía se trata, ese sentido no se cierra sobre sí, sino que se multiplica, como sucede en sus sextinas.

Las sextinas, cuya traducción (nada fácil, por cierto) el lector puede comparar en los dos volúmenes que comentamos, se recogen tanto en *Diré tu cuerpo* (que reúne dos libros de la autora, *Tierra de Nunca* y *Razón del cuerpo*) como en *La hermana, la extranjera*, cuya primera sección reincorpora las sextinas de *Tierra de Nunca*. Partiendo de una forma tan antigua y, en apariencia, tan alambicada como es la sextina provenzal (aunque, como confiesa la autora, aquí tiene más peso Joan Brossa que la poesía del Medievo), estos poemas consiguen transmitir, mediante el juego de repeticiones y re-combinaciones, la naturaleza obsesiva del amor y el deseo, el juego espejo de las identidades, transformando lo que en su origen parecen formas cerradas, centrípetas, en abiertas. El *ars combinatoria* de la sextina, su matemática perfecta (que Marçal en parte disloca) se contagia de la imperfección y de la

incompletud de la vida, también del amor que no en vano lleva el apelativo de Nunca (Mai es el nombre de la amada, pero asimismo es «Nunca» en catalán).

La hermana, la extranjera (traducción de Ana Martín Puigpelat y Meri Torras, y prólogo de Neus Aguado), que parte de la aparente rigidez de las sextinas iniciales para dar paso a una variedad métrica, no ajena al versolibrismo ni a los ritmos de la poesía popular, indaga precisamente en varios aspectos de la experiencia femenina y de las relaciones entre mujeres: el amor lésbico, pero también la maternidad, la relación con la hija, que es a la vez hermana y extranjera, familiar y extraña, como lo es también la amada, como lo es la poeta para consigo misma. El breve poema inicial (tras la colección *Tierra de Nunca*) constituye a la vez un homenaje y una réplica a Mallarmé, lo que quizá suponga al mismo tiempo un reconocimiento de la tradición y un cuestionamiento de la misma desde el cuerpo de la mujer: «La carne, sin palabras, ante mí en mí. / Y yo que había leído todos los libros». El célebre verso del poeta francés queda puesto entre paréntesis desde la experiencia de la maternidad, que cuestiona asimismo la reducción de lo carnal a pura sexualidad, como es habitual en la poesía escrita por hombres (y ello en una autora de alta temperatura erótica y nada puritana como es Marçal). Si uno de los referentes de la lírica catalana, Ausiàs March, había escrito «La carn vol carn» («La carne quiere carne») como una reivindicación del deseo sexual, Marçal sin rebajar el valor del sexo, propone una visión mucho más amplia de lo corporal, que cuestiona asimismo lo que para ella es una de las bases del patriarcado, la distinción entre la civilización, el *logos*, lo racional, frente a la naturaleza, asociada con harta frecuencia a la mujer. Ya en el primer verso que abre una de las sextinas –«Solsticio»– la poeta afirmaba «Tu sexo y el mío son dos bocas», donde, junto a la evidente reivindicación del placer, se percibe una asimilación entre la vulva y la cavidad bucal, invocada esta última tanto en referencia a la nutrición como a la posibilidad de dar voz a un cuerpo mudo. De esa necesidad de superar una antítesis, que tiene también marca de género, surge uno de los símbolos más fecundos de la poesía de Marçal: la sangre. Si en la tradición poética, protagonizada por voces masculinas, la sangre se ha vinculado repetidas veces a la muerte, a la destrucción, en estos poemas la sangre no solo es símbolo de la muerte, porque antes lo es de la vida. Vida y muerte muestran así una continuidad que encontrará su traslación más clara, y más dolorosa, en *Razón del cuerpo*. Sangre que riega los cuerpos deseados y deseantes, sangre que marca la continuidad entre las generaciones, así entre madre e hija, sangre también menstrual que vincula el cuerpo femenino con los ciclos naturales. Por ello, asimismo, la sangre «presa», como agua estancada, se carga de negatividad, frente a la sangre que fluye, que regresa y que, como el agua del

río, es la misma y no es la misma (no es de extrañar esa fascinación por formas donde la repetición conduce a una no identidad como es el caso de las sextinas): «Sin retorno / ¿ves? La sangre se exilia. / Por la otra puerta / hace entrada, viva, roja, / la nueva primavera».

Diré tu cuerpo, con traducción de Noelia Díaz Vicedo, vincula, de manera muy sugerente, el ya citado *Tierra de Nunca* y el libro póstumo *Razón del cuerpo*. Si en el primer libro el cuerpo es el territorio del amor (y del desamor), *Razón del cuerpo* nos muestra un cuerpo mortal, vulnerable, herido ya por el cáncer que se llevó prematuramente a la autora. Ambos títulos parecen así establecer una oposición y, sin embargo, de nuevo no es exactamente así, puesto que la carne enferma se reconoce una vez más en ese *continuum* vida-muerte, del que vuelve a ser imagen privilegiada la sangre: «Por cada gesto / que da fruto / pródiga / escurridiza / de flor roja. / Vida, exceso, / hemorragia: / imponderable / tesoro / de la pérdida». La vida es experimentada como exceso, como don agridulce, y de ahí el gesto de aceptación: «Nada te será arrebatado: vendrá tan solo / el instante de abrir / dócilmente la mano / y liberar / la memoria del agua / para reencontrar agua / de alta mar». De aceptación, no exactamente de resignación, puesto que la identidad (tema clave en Marçal) traza un leve hilo elegíaco, el de un yo que se sabe en gran parte ilusorio, pero que se resiste a desaparecer sin más: «Cuerpo mío: ¿qué me dices? / Como un crucificado / hablas por boca de la herida / que no quiere encorar / hasta cerrarse en la mudez: / inarticulada / palabra viva». El cuerpo, medicalizado, escrito en una lengua ajena, habla, en efecto, por la herida: «La cicatriz / me divide / en dos partes / la axila. / Cremallera / de carne / mal cerrada / pero / inamovible. / Inamovible / como el decreto / que en lengua / imperial / me exilia / a la tierra / helada / de los enfermos / sin término / ni rostro». Con todo, la proximidad de la muerte sirve también a la voz lírica para reencontrarse con la madre, con una figura materna que, sin dejar de señalar a una figura concreta, biográfica, adquiere en ocasiones ecos telúricos, como un regreso a la matriz de una naturaleza cíclica, siempre fecunda, en la que el invierno es solo paso a una nueva primavera que alumbrará otros seres: «Morir: quizá tan solo / perder forma y contornos, / deshacerse, ser / sorbida adentro / del útero vivo, / matriz de dios / madre: desnacer».

